

FRANCISCO R. ADRADOS

LA TOPONIMIA Y EL PROBLEMA
DE LAS «URSPRACHEN»

Actes et Memoires du Cinquième Congrès International de Sciences
Onomastiques. Volume I. Tirage à part.

Proceedings and Transactions. Fifth International Congress of Onomastic
Sciences. Volume I. Reprint.

SALAMANCA

1 9 5 8

FRANCISCO R. ADRADOS

LA TOPONIMIA Y EL PROBLEMA
DE LAS «URSPRACHEN»

Actes et Memoires du Cinquième Congrès International de Sciences
Onomastiques. Volume I. Tirage á part.

Proceedings and Transactions. Fifth International Congress of Onomastic
Sciences. Volume I. Reprint.

SALAMANCA

1 9 5 8

LA TOPONIMIA Y EL PROBLEMA DE LAS «URSPRACHEN»

Los sustratos lingüísticos que más comúnmente son investigados con ayuda de la toponimia son lenguas muy diferentes de las que después se impusieron en el territorio que se estudia. De los topónimos de nuestra patria, por ejemplo, se trata de obtener algunas conclusiones sobre las lenguas prerromanas de la Península o bien sobre las lenguas de tipo no latino —germánico o árabe— que en ella se hablaron en determinados períodos. Ahora bien, si es gracias a los arcaísmos que conservan por lo que sobre todo son útiles los topónimos para la investigación científica, es evidente que igualmente han de tener utilidad para el estudio de dialectos proximamente emparentados y que, con el tiempo, han experimentado cambios, han alterado sus fronteras o, incluso, han desaparecido.

Es conocido, por ejemplo, que en la toponimia de alguna región española se encuentran rasgos fonéticos propios del mozárabe, hoy desaparecido, o que la toponimia demuestra una antigua extensión del leonés mucho mayor que la actual. Sin embargo, es fácilmente comprensible que este aspecto de los estudios toponímicos despierte menos interés que el arriba indicado, puesto que, de una parte, estos dialectos son conocidos por fuentes escritas mucho más completas, y, de otra, los topónimos aportan en general muchos más datos al estudio del vocabulario y de la formación de palabras que al de la fonética y la morfología, que interesan más en casos como los de nuestros ejemplos.

Pero si tratándose de lenguas o dialectos que tienen una tradición escrita, el método de estudio basado en la toponimia tiene sólo una utilidad limitada, cuando esta circunstancia no se da las cosas varían. El estudio de la toponimia antigua de Grecia o Italia, por ejemplo, se hace casi siempre para buscar rastros de antiguas lenguas no indoeuropeas habladas en un tiempo en dichas Penínsulas, o, cuando más, de lenguas in-

doeuropeas de tipo muy diferente («pelásgico», ilirio). Sería útil un estudio toponímico con este otro objetivo: investigar la relación entre las lenguas itálicas o los dialectos griegos, así como algo de su prehistoria. Igual se podría hacer en cualquier territorio en que se conozca una multiplicidad de dialectos estrechamente emparentados: por ejemplo, en una gran parte de Europa para los dialectos germánicos, o en las islas británicas para los célticos.

Ahora bien, la prehistoria de cualquiera de estos grupos lingüísticos plantea una pregunta o cuestión clave de cuya respuesta depende la idea que hayamos de formarnos de toda la evolución del grupo: la cuestión de si existió o no alguna vez un «Urgriechisch», un «Urgermanisch», etc. La teoría que los presupone, que se inspira en un esquema genealógico evidentemente incompleto y, al menos en una gran parte, alejado de la realidad lingüística, ha sufrido graves embates derivados en último término de la *Wellentheorie* o teoría de las ondas de J. Schmidt. La consecuencia más extremada de esta teoría consiste en suponer una evolución directa desde el Indoeuropeo a los dialectos particulares: los rasgos comunes a los diferentes dialectos griegos o germánicos serían secundarios, debidos a extensiones recientes de determinados rasgos lingüísticos. Esta tesis, presente en realidad ya en la *Einleitung in die Griechische Sprache* de P. Kretschmer ¹, ha sido desarrollada y llevada a sus últimas consecuencias principalmente por los lingüistas italianos, sobre todo por V. Pisani ². La tesis de Devoto y casi todos los lingüistas italianos, según la cual los rasgos comunes al latín y a las lenguas itálicas proceden de préstamos recientes, es en definitiva una consecuencia de ese punto de vista fundamental ³.

Es la analogía de la evolución de las lenguas romances a partir del latín la que está en el fondo de esta concepción de la prehistoria de las lenguas indoeuropeas. Del mismo modo que en todo el territorio románico surgen directamente del latín numerosos dialectos y que luego hay amplias unificaciones lingüísticas, como las conseguidas en España por el Castellano o en Francia por la lengua de l'île de France, los dialectos griegos o germánicos habrían nacido del Indoeuropeo independientemente

¹ Göttingen, 1896.

² Cf. sus *Studi sulla preistoria della linguae indeuropee*, Roma, 1933; etc.

³ La expuso sobre todo en su *Storia della lingua di Roma*.

te unos de otros y los rasgos griegos comunes y germánicos comunes procederían de generalizaciones secundarias.

Sin embargo, el nacimiento del griego común, por ejemplo, no debe ser concebido a la manera de la extensión en España del castellano o en Francia de la lengua de la región parisina, de que antes hablábamos. A este fenómeno corresponde en Grecia un hecho lingüístico bien conocido: el nacimiento de la Koiné. En todos estos casos se trata de la imposición de un dialecto sobre otros más o menos semejantes, imposición motivada por un superior prestigio político o cultural: la Koiné griega, por ejemplo, deriva de la primacía de Atenas en las dos ligas marítimas, así como de su superior cultura; de esta forma, una lengua ática ligeramente modificada se impuso poco a poco en los países jónicos aliados de Atenas y fué adoptada luego por los macedonios y llevada a Egipto y Asia. Vendryes⁴ y otros han estudiado bien el fenómeno del nacimiento y difusión de este tipo de «lenguas comunes». Evidentemente, en fecha indoeuropea no existía una organización cultural ni político-militar que posibilitara la creación de una «lengua común» de este tipo: los rasgos comunes de los dialectos griegos o germánicos son una cosa totalmente diferente, pues son la parte común de dialectos por lo demás diferentes.

Si nos imaginamos un dialecto griego o germánico del cual elimináramos mentalmente dichos rasgos comunes y además todo lo que es lingüísticamente reciente, nos quedaría poco más o menos el estado lingüístico indoeuropeo. Es decir: la adopción de los rasgos griegos comunes o germánicos comunes es, sencillamente, el nacimiento del Griego y del Germánico. Este nacimiento hemos de imaginárnoslo como el de un pequeño dialecto románico. La Geografía lingüística ha probado, como es bien sabido, que las isoglosas no coinciden, y, a partir de este hecho, algunos, como Gaston Paris, abogaron por la negación del concepto mismo de dialecto. Pero si la tendencia espontánea de toda lengua, cuando los lazos sociales se aflojan, es a una diferenciación y fragmentación indefinida, acaba siempre por imponerse una reacción que tiende a evitar que la lengua deje de servir a su finalidad primera: facilitar el entendimiento entre los hombres. Así, las isoglosas tienden a agruparse en haces en torno a un núcleo central relativamente homogéneo. Dicho de otra manera: en el nacimiento de cualquier dialecto hay una generalización de isoglosas, y en esto tienen razón los partidarios de la teoría que combatimos. Pero

⁴ *El Lenguaje*, pp. 345 ss. de la traducción española.

se trata de una generalización en un pequeño territorio, que se explica por las simples necesidades de convivencia y que además nunca es total, sino que permite el paso de unos dialectos a otros por transiciones insensibles. En cambio, las «lenguas comunes» del tipo antes esbozado implican la previa unidad cultural o política de un vasto territorio y tienden a imponerse en él en forma absoluta; su frontera es bien definida: cf., por ejemplo, la del español y el francés.

Meillet primero ⁵ y luego otros investigadores, como Bonfante ⁶, y, últimamente, Porzig ⁷, han notado la existencia de isoglosas no coincidentes que unen diversas lenguas indoeuropeas. Incluso hallamos casos en que un determinado dialecto griego, por ejemplo, coincide con dialectos itálicos, ilirios o con el véneto. O sea, que el *Urgriechisch* era una unidad solamente en la medida en que lo son los pequeños dialectos antes mencionados; en otro lugar ⁸ he admitido que presentaba ya un esbozo de su posterior diferenciación dialectal. Igual debe decirse de las demás ramas del Indoeuropeo.

Esto no quiere decir que los fenómenos de préstamo no puedan darse en fecha posterior a la creación de una de estas «Ursprachen» así entendidas; hoy poseemos datos del campo de la lingüística moderna que no nos permiten aceptar ya la tesis de Meillet de que, cuando una lengua está bien diferenciada, sólo los préstamos de vocabulario son posibles. También hay que contar con los desarrollos paralelos. Pero en general puede decirse que cuanto más diferenciadas están las lenguas, más difícil es su influjo recíproco en el terreno de la Fonética y la Morfología. Cuando la preponderancia de una de ellas, por las razones político-culturales que hemos apuntado, es muy fuerte, puede, sin embargo, eliminar a las otras. Si estas otras lenguas son de la misma familia lingüística y no demasiado diferentes, el sentimiento de las correspondencias lingüísticas facilita este proceso: es el nacimiento de las «lenguas comunes», de que hemos hablado. En el fondo representa la imposición de una lengua y la desaparición de otras. No es, pues, buen paralelo para explicar el origen de los rasgos griegos comunes o germánicos comunes de una serie de dia-

⁵ *Les dialectes indoeuropéens* (Paris, Champion, 1950²).

⁶ *I dialetti indeuropei*, Nápoles, 1931.

⁷ *Die Gliederung des indogermanischen Sprachgebietes* (Heidelberg, 1954).

⁸ *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia* (Salamanca, 1952).

lectos diferentes. Von Wartburg⁹ ha podido estudiar una serie de innovaciones del francés, de las cuales las más antiguas son comunes a la Romania occidental al N. de la línea Spezia-Rimini; otras, al francés y el reto-románico; otros, surgidas tras la separación de estas dos áreas lingüísticas por obra de los alamanes, sólo al francés; y otras, aún más recientes, sólo a la parte N. de Francia. De igual modo, cuanto más extensión ha alcanzado un rasgo lingüístico determinado de las lenguas indoeuropeas, mayor antigüedad hay que asignarle en general.

El estudio de la toponimia creo que apoya la tesis que acabo de sostener. Quitando los elementos que la cronología relativa denuncia como recientes, la semejanza entre los dialectos griegos, itálicos, germánicos o eslavos es mucho mayor; si la «Ursprache» de cada uno de estos grupos lingüísticos procedía de la difusión incompleta de determinados rasgos lingüísticos en el mismo pequeño territorio, posteriormente ha habido una diferenciación cada vez mayor. De igual suerte, la toponimia de los territorios ocupados en definitiva por los diferentes dialectos presenta un cuadro mucho más homogéneo que el de los dialectos hablados en los territorios respectivos. Ello era de esperar, dado el conocido arcaísmo de los topónimos, si la teoría arriba sostenida es cierta. Que en realidad esta mayor homogeneidad existe, es lo que vamos a probar mediante un ejemplo concreto.

Este ejemplo está tomado del estudio de la toponimia del Atica antigua. Los movimientos de los pueblos indoeuropeos han sido tan complicados —recuérdense los de la «Völkerwanderung» germánica— que en el estudio que proponemos surge constantemente el peligro de encontrarnos con substratos lingüísticos, es decir, con que los topónimos de una región determinada proceden en realidad de épocas y dialectos diferentes sucesivamente hablados en ella. Podemos decir con confianza que apenas ninguno de los dialectos indoeuropeos nació allí donde los conocemos: la existencia muchas veces de fronteras lingüísticas bien definidas en vez de haces de isoglosas, así lo prueba. Concretamente, el Griego se formó fuera de Grecia y fué llevado a aquella Península por diferentes migraciones de pueblos; en esto al menos hay un acuerdo general. Pues bien, la península ática presenta la ventaja excepcional de que en ella no hubo dialecto griego alguno antes del Atico. La teoría, que yo comparto,

⁹ *La fragmentación lingüística de la Romania*, pp. 34 ss. (trad. española, Madrid, 1952).

de que el Jónico —del cual el Atico forma parte— es el dialecto que primero llegó a Grecia, así lo exige; y aunque se crea en una anterior llegada a Grecia de pueblos de dialectos eolio o aqueo, jamás se ha encontrado en el Atica dato alguno lingüístico ni histórico de su presencia allí. Evidentemente, los eolios, llegaron antes o después que los jonios, ocuparon Beocia y pasaron al Peloponeso. La frontera lingüística entre el Atico y el Beocio es completamente tajante, de modo que ni siquiera hay que aceptar una antigua contigüidad del Atico y el Beocio; el Arcadio sí que tenía isoglosas comunes con el Atico, y ello explica que, al llegar a continuación de él, no pudiendo entrar en el Atica por estar ya ocupada por los jonios o por la razón que fuera, pasara al Peloponeso, con lo cual los beocios, que venían detrás, hubieron de quedarse en Beocia. A esta serie de hechos responde muy bien la creencia de los antiguos atenienses de que eran autóctonos del Atica.

Los arcaísmos de la toponimia ática a que nos venimos refiriendo demuestran que este dialecto era, cuando llegó al Atica, mucho más semejante a los demás dialectos griegos de lo que luego lo fué. La toponimia da algunos datos sobre Morfología (sufijos) e incluso sobre Fonética, conservando alguna evolución fonética luego borrada por hechos analógicos o evoluciones posteriores. Pero, fundamentalmente, es al estudio del vocabulario al que aporta más elementos de juicio.

Aún más que en lo relativo a la Fonética o Morfología, el «Urgriechisch» debía de presentar notables diferencias en cuanto a su vocabulario, pues, como es sabido, es esta la parte de la lengua más alterable y sujeta a préstamos, innovaciones, pérdidas, cambios de sentido, etc. Por tanto, si la toponimia nos asegura que la homogeneidad del vocabulario de los dialectos griegos era mayor cuando los griegos llegaron a Grecia que en época histórica, *a fortiori* hemos de creer lo mismo para la Fonética y la Morfología. En época histórica, en efecto, el vocabulario ático presenta diferencias notables respecto al del resto de los dialectos. Los topónimos áticos dan, pues, una imagen bastante fiel del vocabulario de los jonios cuando éstos ocuparon el Atica; la correspondencia del significado con la localización geográfica nos testimonia que se trataba de palabras vivas aún en la lengua del pueblo inmigrante. Sobre estos puntos no me detengo porque los he tratado ya en un artículo sobre los orígenes del vocabulario ático¹⁰.

¹⁰ En *Emerita*, 21, 1953, 123-162.

Sí querría, en cambio, presentar aquí unos ejemplos que prueban las afirmaciones anteriores. Voy a darlos por orden alfabético:

Ἄγκυλη, nombre de un demo del Atica, prueba la antigua existencia en ático de un adjetivo ἀγκύλος «curvo» y un sustantivo ἀγκύλη, de diversos sentidos coincidentes en designar una cosa cóncava. Ninguna de estas dos palabras se mantuvieron en ático histórico¹¹. Sabemos que se distinguía entre Ἄγκυλη καθύπερθεν y Ἄγκυλη ὑπένερθεν, «de arriba» y «de abajo», respectivamente, extendiéndose el demo hasta el pie del Himeto; sin duda, el Ἄγκυλη original era el «de abajo», dado el significado de la palabra. Ἄγκυλος es común en Homero y los dialectos.

Αἰθαλίδαι es un nombre de demo que alude a que muchos de sus habitantes se dedicaban a hacer carbón (de αἶθω «quemar»): junto a él hay otro llamado Εὐπυρίδαι (de πῦρ «fuego»), además del de Acarnas, célebre por sus carboneros. Ahora bien, αἶθω y las palabras de esta raíz faltan en absoluto en prosa ática salvo en Jenofonte, que admite ya vocabulario de Koiné, con préstamos de otros dialectos¹². Es, en efecto, frecuente en jónico y otros dialectos.

Ἀκτὴ es el nombre de la Península del Pireo; fuera del ático es una palabra común (Homero, jónico, dialectos) que significa «promontorio», «cabo».

Παραλία designa la costa del Atica y deriva de la palabra ἅλς —normalmente «sal»— con el significado homérico de «mar». Sin duda el sentido citado de dicha palabra existió en un tiempo en jónico-ático (en jónico existe el término παραλίη «costa»).

Ἀυλών, que significa «valle» en Homero, jónico y dialectos, no existe en ático más que como nombre de un demo¹³, seguramente correspondiente al actual valle de Corfona, entre los dos principales macizos del Laurion¹⁴.

¹¹ Ἄγκυλος se halla en Ar., *Equ.* 205 y fr. 472, aparte de Xen. *Cyn.* 6, 1, seguramente tardío. Ἄγκυλη en un sentido muy especial (la mano curvada para lanzar el cótabo), en Cratino fr. 273. Así, aunque ἀγκύλος fuese ático, ἀγκύλη es seguro que no se conservaba en el sentido general de «cosa curvada».

¹² Ar., *Thesm.* 727 y 730 es parodia de la lengua de la tragedia.

¹³ En Pl., *Tim.* 79 A significa «acueducto»; debe de ser o un tecnicismo de origen jónico o un arcaísmo conservado en un sentido especial. Ar., *Av.* 243 es un pasaje lírico.

¹⁴ BURSIA, *Geographie von Griechenland*, I, p. 353, n. 2.

Βῆσα es otro demo ático cuyo nombre hay que identificar con βῆσσα «valle», frecuente en Homero, jónico, dialectos y en la toponimia de diversas regiones de Grecia; en ático falta completamente. Βῆσα corresponde, como Αὐλών, a un valle del Laurión¹⁵. Sin embargo, el que Βῆσα se escriba normalmente con una sola sigma y βῆσσα «valle» con dos, plantea un problema fonético en el que no puedo entrar aquí.

Δειράδες es igualmente el nombre de un demo del Atica. La palabra, que en ático falta completamente, significa «cuello», «colina». Fuera del ático es común, con las variaciones fonéticas propias de cada dialecto.

Ζωστήρ, literalmente «cinturón», es el nombre del actual cabo Lombarda, unido a tierra por un estrecho istmo¹⁶. Es palabra homérica y jónica que falta en ático; el sufijo -τήρ (y no -τής) representa un arcaísmo.

Κολωνός. Con este nombre hay dos, o quizá tres, topónimos en el Atica, siempre colinas¹⁷, que es el significado de la palabra en Homero, jónico, etc. En ático falta¹⁸.

Ἐννεάκρουνος «la de nueve caños» es el antiguo nombre de la fuente Calirroe¹⁹. Testimonia que κρουνός «caño» aún existía en el Atica cuando Pisítrato puso una nueva fachada a la fuente, de la que vino el nuevo nombre. Luego desapareció totalmente del ático²⁰, pero se mantuvo fuera de él.

Κυδαθηναίεις y Κυδαντίδαι son los nombres de dos demos: testimonian el antiguo uso de κυδρός «glorioso» en Atico. Parece que el primero correspondía a la parte más antigua de Atenas, junto a la Acrópolis²¹. Κυδρός, κῦδος nos son conocidos únicamente como términos homéricos y poéticos²². Aunque sobre la etimología de Κυδαθηναίεις hay

¹⁵ Cf. MILCHHÖFER, *RE*, III, col. 323.

¹⁶ BURSÍAN, *ob. cit.*, I, 359.

¹⁷ El Κολωνός ἀγοραῖος y el Κολωνός ἵππιος, quizá también un demo distinto del primero (cf. HONIGMANN, *RE*, XI, col. 1114).

¹⁸ Salvo Xen. *An.*, IV, 7, 25, en un sentido especial («montón de piedras»).

¹⁹ Cf. Hdt., VI, 137; Tuc., II, 15.

²⁰ Ar., *Ra.* 1005 es una parodia de Esquilo.

²¹ Cf. HONIGMANN, *RE*, XI, col. 2302, y la discusión de JUDEICH, *Topographie von Athen*, p. 172, n. 4.

²² Son pasajes poéticos Xen., *Eq.* 10 y Esq., fr. 170; Ar., *Eq.* 200 y *Ra.*, 1269 son pasajes épicos y trágicos, respectivamente.

alguna duda ²³, no la hay sobre Κυδαντίδα ²⁴, que era seguramente la *trittys* ciudadana de la tribu Pandionís ²⁵.

Ῥοα designa un demo y como apelativo significa «aldea» en varios dialectos, entre ellos el jónico. En otro lugar he demostrado que, aparte del arcaísmo del vocabulario, contiene uno fonético ²⁶.

Πάγος se encuentra en el nombre del Ῥαρειος πάγος o Colina de Ares, con un arcaísmo sintáctico ²⁷. Πάγος «colina» es frecuente en Homero y en toda la lengua poética.

Πρόσπαλτα es el nombre de un demo ático y sin duda significa «tierra asignada por sorteo». Viene de πάλλω, que falta en ático ²⁸; más concretamente, el sentido «lanzar» que presupone nuestro topónimo sólo se halla en la poesía ²⁹, que tantos arcaísmos conserva.

Πήληκες. Con Εύπυρίδαι y Κρωπίδαι forma una tricomía, los nombres de cuyos demos parecen referirse a los herreros que allí habitaban ³⁰. Πήληκες viene de πήληξ («casco»), como Κρωπίδαι de κρώπιον «hoz». Πήληξ es palabra homérica, desconocida desde luego en ático.

Σκίρον, nombre de un barrio de Atenas, tiene relación con σκίρος «tierra baldía» en Homero ³¹, las Tablas de Heraclea, Hipócrates ³² y en topónimos como Σκίρος en Arcadia, etc. El nombre se justifica en Atenas porque el barrio en cuestión se hallaba fuera del casco de la ciu-

²³ Cf. DEBRUNNER, *IF*, 44, 1936, 136; KRETSCHMER, *Glotta*, 14, 1925, 53 ss.; ALY, *Klio*, 10, 1911, 19 ss.

²⁴ Cf. HOM., *Il.*, IV, 66 y 71, ὑπερχύδαντας Ῥαγαιούς.

²⁵ Cf. HONIGMANN, *l. c.*

²⁶ En *Emerita*, 1950, 408 ss.

²⁷ Cf. WACKERNAGEL, *Vorlesungen über Syntax*, II, 73.

²⁸ En Aristófanes está en algunos pasajes líricos o paródicos. En Pl. *Crat.* 407 A es aducido para dar una etimología; en *Phaed.* 94 C Burnet corrige (siguiendo a Estobeo) en ψάλλοιτο.

²⁹ Cf. LEUMANN, *Homerische Wörter*, 60 ss.

³⁰ Cf. MILCHHÖFER, *RE*, IV, 1238; HONIGMANN, *id.*, XI, 2019; WREDA, *id.*, XXXVII, Hb. 267. Sobre Εύπυρίδαι ya hablé arriba; los oficios de carbonero y herrero seguramente se daban juntos, por necesitar el segundo del primero.

³¹ Lección de ARISTARCO en *Il.*, XXIII, 332 y 333.

³² Aquí en otro sentido: «tumor».

dad, al otro lado del Dipilón, y constituye una extensión reciente de la misma ³³. No existe en ático como apelativo ³⁴.

Ἄναφλυστος y también seguramente Φλύγη (y Φλύα, Φλυεῖς), alude a las fuentes: cf. φλύω y ἀναφλύω «fluir». El primero de estos demos se halla al pie del Olimpo y el segundo seguramente al pie del Hímeto ³⁵. Ἄναφλύω está en Homero y φλύω en jónico; ninguno de ellos es ático.

Χερσόνησος significa «península» en ático, pero en este dialecto no hay χέρσος «tierra firme» ³⁶ ni χερσός «terrestre» ³⁷. Χέρσος es homérico; χερσός, jónico.

Creo que los topónimos citados son suficientes para probar una mayor uniformidad del vocabulario griego en época arcaica. Aquí los he aducido únicamente como ejemplo de un método de investigación que, aplicado a otras áreas lingüísticas —Italia antigua, los pueblos germánicos o eslavos, etc.— creo que daría resultados interesantes y, en mi opinión, de tendencia semejante. Los trabajos de H. Krahe ³⁸ sobre los nombres de ríos de Europa, aunque orientados en forma diferente, testimonian ya, en efecto, una cierta uniformidad de la más antigua toponimia indoeuropea. Algo semejante, repito, debe ocurrir dentro de los grandes grupos lingüísticos en que se fraccionó aquella unidad que, por lo demás, sólo lo sería relativamente.

FRANCISCO R. ADRADOS

³³ Cf. JUDEICH, *ob. cit.*, p. 177.

³⁴ Salvo en sentidos especiales: Eup. 277, Ar., V. 925 «corteza de queso»; Crat. 444.

³⁵ BURSIAI, *ob. cit.*, I, 347.

³⁶ Sólo I. G., II, 1055, χέρρος «barbecho».

³⁷ Pero sí χερσαῖος en Tucídides.

³⁸ Son varios artículos publicados en los *Beiträge zur Namenforschung*.